

POPAYAN Y SUS PROCERES

Oración pronunciada en el Panteón de Popayán, el 27 de diciembre de 1940.

Por GUILLERMO VALENCIA

Guardan esas arquillas cuanto hoy subsiste del tesoro de este pueblo: cenizas de hombres. Crisoles son en que se disgregan las escorias que, al fundirse en bronce de eternidad, dejaron las figuras de los grandes. No todas van colmadas, porque dispersó la ira las reliquias de Torres, y la avaricia del grande océano se negó a restituír-nos el mutilado tronco del último de nuestros paladines.

Como símbolo integral, se inicia este desfile con una urna vacía que dice: Torres. . . . ¡Torres! el espíritu de nuestra emancipación; el verbo a quien escuchó un mundo absorto; el nuncio del Libertador; el faro parpadeante entre tormentas; el purpurado testigo del derecho del hombre.

Síguele de cerca nuestro sabio epónimo. Mezcló el martirio sobre el ara sangrienta lo que hoy perdura del patricio y sus consortes en el holocausto; vértebras que marcó el plomo aleve con signos de inhumanidad; tajados huesos que sustentaron en granada juventud la vivaz y altiva inteligencia de Ulloa, la burlona entereza de Montalvo, la serena valentía de Miguel Buch. De los cráneos que aún duran, sólo el de Caldas ostenta magna brecha que hendió el esbirro para que acabase de fluir la vida de aquella ánfora sagrada del civismo, de la piedad y la sabiduría. ¡Gloria a su gloria!

Allí Pedro Antonio Torres, el capellán castrense de los libertadores del sur; el divino lazo ante la cohorte de los héroes y el Dios de los ejércitos; el discreto confidente de Bolívar; el sabio pastor de cuatro greyes; el hombre que sintió más cerca el vuelo huracanado del andino rival de los cóndores. . . .

El doctor Joaquín Mosquera se irgue como un joven dios de la Hélade para señalar el linde entre la República del dolor y la lucha, y de la esperanza y el laurel. Bello, elocuente, grave, tocóle recibir en sus brazos la efigie de la nueva patria, rotos apenas los moldes que la contenían, frescas aún las huellas del pulgar plasmante del padre de Colombia, vivo el rastro pulidor de la acuciosa lima del Hombre de las Leyes, y muy sólido el plinto que don Pedro Gual seguía labrando al pie de las tres siglas con que el héroe de Ayacucho cifró la imagen de la diosa, antes de ser fundida. Ese fue, a no dudarlo, el momento cenital en la epopeya bolivariana; de tremendo

compromiso e inigualado honor para el payanés a quien fue dado escuchar el anuncio redentor en Pativilca.

Después, Obando: gallardo, enigmático, triste. Recio eslabón entre dos cimeras castas, fue su sino contradictorio pero brillante. En su sangre bullían pasiones y estoicismo, la dureza de los ariscos y el afán por el desquite, de los resentidos. Triunfa para su rey venciendo a guerreros famosos, y después para su pueblo, subyugado por el genio de Bolívar o atraído por el imán de libertad. Desata y refrena tempestades. Mutila y reconstruye el patrio solar. Las turbas obedecen su voz con el acompasado ritmo de las marcas. Es generoso para perdonar y duro en el castigo. Su vivir extraño sólo sabe de cimas y de vórtices. Entre deshechas borrascas vésele empuñar dos veces el timón indómito, rogado por su pueblo. La sombra de una eupátrida le entenebrece los caminos del triunfo. La gloria, despojada de arreos, trasunta a veces su hado cruel en giro alterno de venturanzas y desdichas, desde la cuna hasta el nelasto día en que, como los guerreros de la *Iliada*, sucumbre al bote de una enemiga lanza.

Ya reconciliado para siempre con su duro adversario, que parece anunciarle, se aquieta el gran general don Tomás Cipriano de Mosquera. Cronos mismo fijó esa precedencia, que no ofende al magnate, pues siempre sintióse él centro solar inmanente de toda prestancia y de toda fortuna. Fue grande y supo saborear la grandeza, y como su pupila estaba para lo enhiesto y dilatado, todo lo concebía con el sentido de la magnitud. Amó a Colombia en celoso delirio, y a su Libertador con domada soberbia y altivez rendida. Su mente hospitalaria recogió, difundió las profecías de Bolívar y Humboldt sobre los destinos de América. Intuitivo por esencia, creía codearse con los sabios. Se adelantó a los estadistas. Hizo antes que nadie el análisis de nuestro medio físico. Conservó y arrasó: temerario y restaurador, tolerante y despótico. Implacable por temperamento, magnánimo por orgullo, fue veces innumeradas el árbitro de los patrios destinos y llenó tres cuartos del siglo con el clangor de sus trompas y la resonancia de sus hechos. Seguía su inspiración sin curar de la lógica, de tradiciones ni de archivos, que en él la acción volaba con los remos del pensar, bajo la comprensión de un ímpetu de raza que los ecos devolvían a través del caudillo en finas audacias y aciertos portentosos, en atrevidas empresas y ágiles pasos de cultura. Su recia espada sirvió con igual suerte a ideales disímiles, que él probó reconciliar bajo el patrocinio de su insigne persona. Jugó su vida; y la ajona, con loca prodigalidad la mandíbula gloriosa que vela aquella urna ostenta todavía para su familia la ruda huella de Agualongo. Heredó de sus mayores un empenachado escudo con la misma laude que el caballero Orlando regaló al caballero de la Mancha: *Inicto vencedor, jamás vencido*.

El general José Hilario López no interrumpe la procesión gloriosa. Ni su precoz alistamiento de milite por la República; ni su guerrear sin término en Nueva Granada y Venezuela; ni el trágico banquillo a que le arrancó la suerte juguetona; ni sus aventuras de

rebelde después del año 30; ni su meritísima ascensión de guerrero, de simple soldado a general, dentro de la magna guerra; ni sus misiones diplomáticas o políticas; ni sus investiduras populares; ni la serie interminable de combates a que asistiera, lograrán opacar, a pesar de tanto lustre, el eterno esplendor de quien abolió la esclavitud en su patria. Noble empeño, pulcra hazaña que casi logra desvanecer ante la historia los yerros del magistrado y del político.

Julio Arboleda. Grande entre los grandes, cesáreo numen, dardo rectilíneo, hercúlea clava, deslumbrador relámpago escapado a la negrura de dos medrosas nubes de tempestad. Todo en él era un éxtasis: su elocuencia, sus batallas, sus sueños. Con dura pupila oteaba desde los altos horizontes vastísimos, y en vortical descenso caía de súbito como el águila para remontar luego con la presa palpitante entre las garras felices. Dejó a menudo en sus hechos un sello de genialidad, de arrogancia y de gloria. Sus rasgos de hombre van mudándose sobre el muro del tiempo en líricos perfiles de romántica estilización. El ave adusta que veló la sorda soledad del semidiós de América reconoció por el vuelo a su aguilucho de Pubén. Agoras y salones o doctorales cátedras, naves de guerra y campamentos, tribunas, asaltos, doseles y destierros, victorias y reveses, ovaciones y agravios, se vivió este caudillo en cuatro lustros de batallar atropellado, apurando en avidez sin nombre las copas del nepente o de la acerbidad, con labio goloso y sitibundo. Una bala asesina paró su afán muy cerca al sitio nefando en que el Gran Mariscal sucumbió víctima de la envidia, la ingratitude y la ruindad. Fulge en ese agosto cofre la rota clavícula del poeta soldado. Pensárase que con él terminó la epopeya.

El Gran General, que acababa de empurpurar una vez más sus laureles de prócer, confió la guarda de la fortaleza conquistada a un patricio eminente de vastísimo saber, de sólido talento, firme y elevado carácter y probidad adamantina: el doctor Froilán Largacha. Recorrió todas las jerarquías gubernativas con celebrada competencia. Fuéronle familiares los más variados problemas de la administración: desde la judicatura parroquial a la Suprema Corte de Justicia, desde el Cabildo hasta la Presidencia del Senado. Su nombre duerme en la soledad de los archivos; su gloria canta en la organización básica de los servicios públicos, en sus informes de ministro, en sus doctísimos fallos, en las leyes que propugnó y luego hizo cumplir. Delante de esa figura procerca y veneranda se descubrieron con respeto varias generaciones. Fue el estadista sabio, austero, cumplido, abnegado y veraz, que ardió en brasero de amor, como un ritual aroma, sobre el almo altar de la República.

Ligado a él por vínculos de sangre, comparece el general Julián Trujillo, con un robusto haz de lauros segados por su acero en Popayán y El Derrumbado, en Subachoque, La Polonia, Los Chancos, Manzales. Benévolo, integérrimo, progresista, su talento militar desconoció la petulancia, y a su valor y pericia debió su partido triunfo espléndido que la ironía de la política mudó en victoria pírrica. Ejerció el poder con equidad y templanza. Amóle el pueblo

con justo frenesí por su desprendimiento y su decoro. Agregó blasones a nuestro escudo solariego y fue el más ilustre ejemplo de consagraciones democráticas. Y ese hombre, frío en el combate e impasible ante la muerte, cuando arengaba a su pueblo se conmovía hasta verter lágrimas. El héroe, equiparable al niño, es inocente y tierno, sencillo y generoso. Coraje y bondad no se excluyen; el mártir cristiano será siempre arquetipo del valer que no presume, de la intrepidez que no gallea.

El general Ezequiel Hurtado no fue un hombre brillante, sino el útil servidor que en momentos supremos para su causa entrega cuanto posee para defenderla y preservarla. Meritísimo su aporte de guerrero en 1851, 1854, 1860 y 1876, en las más arduas posiciones militares. Doctor en derecho y profesor universitario, ejerció los más variados cargos con rectitud, con desenfado y con acierto. Elevóle la designatura al mando supremo en una época difícil. Soportó estoicamente los azares del vencimiento, la persecución y el destierro. Demasiado honrado o demasiado ingenuo, no llevó al verde tapete de la habilidosa política esa mañera agilidad que cobra triunfos; lo que no amengua el merecimiento, ni el feliz suceso del concurso, ni la dignidad en el servicio.

Hombre de pluma y espada fue también Diego Euclides de Angulo, varón de bravos arrestos, de coraje increíble y tenaces empeños. De catorce años acompañó como ayudante de campo a don Julio Arboleda, y recibió a su lado, en el primer encuentro, el rojo signo de guerrero. Siguió al caudillo hasta su inmolación. Tres lustros más tarde combatía Angulo junto al sitio en que cayó Arboleda, contra su mismo matador, que pereció en la lid a muy breve distancia de donde éste ultimó a su ilustre víctima. El Ecuador probó el temple de la hoja de Angulo. Su lealtad al orden, su entereza de carácter, su invicta rectitud, diéronle por breve lapso la suprema dignidad de la patria.

Este noble desfile habría sido interminable sin las fuerzas de destrucción que conspiran contra el hombre: el tiempo, limador de bronce y roedor de los áridos huesos; el insaciable limo que se sorbe y reincorpora ávidamente cuanto sale de sus entrañas; la ingratitude, la desidia, el olvido, esas veladoras ortigas de nuestra frágil pompa, raspan sobre el haz de la tierra hasta las huellas de los que pasaron y a quienes talvez restaría una existencia ideal en nuestros recuerdos. Mas la sed de inmortalidad que nos devora no se resigna al anonadamiento, y les confiamos entonces al metal resistente y a la piedra, que no sabe olvidar, los nombres y los hechos gloriosos. Y así en torno de estas urnas perdurará siquiera, en hojas de límpido mármol, la compendiada cifra de nuestros más ilustres conterráneos. Los hijos de esta ciudad han deparado un edículo para renovar esa memoria. Si él no es digno de tan alta empresa, sí sabrá dorar con luz de gloria la tímida cortedad de nuestra ofrenda; donde fulge la virtud, se humillan las antorchas; donde excelsitud impera, el oropel se apaga; cuando el martirio splende, es incienso la gratitud; ante el ara de la grandeza sólo el silencio es rito.

No penséis que nuestro anhelo glorificador no vaya más allá de la era republicana. Reconocemos nuestra deuda con la madre España, que imprimió aquí su sello insigne con pulcros rasgos de indeleble persistencia. Nuestra complicada idiosincrasia emana de la pluralidad de las fuentes peninsulares: aquí colonizaron y vivieron el audaz extremeño, el duro vasco rebelde, el castellano fiero y el tozudo aragonés, dentro de un marco toledano y sobre extenso fondo de sensualidad andaluza. Sólo así podrían explicarse el tesón, la reciedumbre, el estoicismo, el ardor bélico, la idealidad y la hombría de que dan prueba a través de la historia los grandes hijos de este suelo. De allí descienden nuestros próceres, de allí proviene la arcilla que plasmó el dios terrígeno al humanizar el paisaje: greda amasada con la lava de volcanes y rutilantes pórfidos, finas arenas de oro, nieve excelsa y aperezada mollicie de colinas... ¿No advertís que esta comarca va encarnando en sus hombres? ¿Es Torres o es el gigante ignívomo quien arenga a los siglos? ¿Aquellas cúspides altísimas de niveo casco airoso no fingen las figuras de Mosquera, de Obando, de Albán y de Trujillo? Esa vívida corriente que rueda desde ignotas cumbres, ¿no será el saber de Caldas que pasa fecundando el suelo de Colombia, recogiendo tributos hasta juntarse al gran río antes de perderse en el mar? Esos amenos collados y afelpadas vegas, esos arpados robles, ese dormido valle, esas lejanas cordilleras, bajo el ensalmo del poniente que apiña robledades de plata y volcados crisoles de metal fundido, muros de lapislázuli sobre la perlada suavidad, ágatas atigrados, cúpulas de turquesa, de malaquitas y berilos, rutilar de sardónices, de crisopacios y rubíes entre una clámide azul franjada de oro con jirones de púrpura sangrienta, no ondulan, no sonrien, no serenan, no arrebatan en el himnario del cantor de Oyón, en los flexibles metros de nuestros vates, en la memorosa majestad de la elocuencia, en las almas rendidas de cuantos ven tanta belleza, la sienten y comprenden en lo profundo de su ser, mas, ¡ay! sin otro idioma que una voluptuosa mudez para traducir su arrobamiento. ¡Y pensar que tanta vida va muerta en esos cofres!

Este homérico desfile es homenaje y también desagravio y confirmación y juramento. Los signos visibles de un culto nada valen sin su simbólico sentido. Las cosas son apenas testigos inertes de la verdad y de la vida. Nuestros ojos no ven más que leves restos del gusano en su devenir de crisálida durante el sueño de una vida, antes de tomar la forma alada que reviste la resurrección. Y sin embargo, un ser realísimo y palpitante surgió de aquellos despojos para nuestro consuelo, para nuestro ejemplo y nuestra gloria. Vivo como otrora al influjo de su pensamiento, su virtud y sus obras, lo reintegra a la patria una prodigiosa síntesis, fruto de la gratitud, de la esperanza y el recuerdo. Si no perviviese para nosotros en esa actividad trascendente, ¿de qué podrían servirnos los despojos de su final naufragio? Aquellos varones espectables anhelaron por sobre lo imposible tras un ideal heroico y santo, y todo se lo ofrendaron: sangre, riquezas, alegría, tranquilidad y fama. ¡La embriaguez de su siglo atenúe sus deslices de hombres, ya que sus yerros no se tizaron de vileza!

Aquellas trágicas veladas en que el enjuto espectro acompañó el desamparo de nuestros protomártires, no pueden ser correspondidas con la bacanal del egoísmo, de la violencia y la perfidia. Esas noches de Idumea en que los nobles conductores sintieron contra su pecho vaciar filas de arqueros sus colmados carcajes, piden clamorosamente el canje de la reparación. Con pesaroso hilar de dolor y desencantos, magnanimidad y optimismo, se tejió el peplo de púrpura en que hoy se ciñe la nación. Y a fe que no nos es lícito desviar el anhelo de nuestros próceres ni sofisticar su pensamiento. Cuanto en contrario hiciésemos sería traición a su nobleza. El efímero interés de los bandos, el asalto de los audaces, la demencia de los ambiciosos, no podrán mudar jamás la esencia de las cosas ni el recto sentido del lenguaje que las define. República, democracia, libertad, decoro patrio, son categorías eternas en el mundo del pensamiento y perennes en el de la historia.

Señor excelentísimo: vuestra presencia en este sitio presta un hondo sentir al homenaje. Por ley de selección y a fuero de popular soberanía, honráis ahora el solio que oreó con su sombra augusta a aquellos diez predecesores. Los nublados ojos de la patria les contemplan, por los vuestros, con una absorta emoción de gratitud y afecto. ¡Quién mejor que vos pudiese valorar el alcance de su esfuerzo, de su gloria, de su abnegación, de sus torturas!

Hijos de mi ciudad: en aquellas níveas cajas se contiene todo cuanto hoy nos resta del abolido poderío: ¡cenizas de hombres! Veladas con hondo aprecio y razonada admiración, con celo vigilante y enternecida reverencia; en ellas y en las lápidas que las cercan fulgura nuestra gloria de cuatro siglos. Esta ciudad, predestinada a laborar para el espíritu, sólo puede exhibir los tesoros del espíritu. Azotada por el infortunio, roída de pesares, enlutada de duelos, asediada de cuitas, siempre levantó dosel para su amada Siquis. Por eso no temió nunca las iras de los hombres. Ella se renueva en sus hijos, y si un día se torna en ruinas, ha de quedar quien cante, frente a los muros derruídos y los dispersos bloques, el fervido aleluya de Esquilo:

¿Atenas, la ciudad, es arrasada?
¡Como queden sus hombres, vive Atenas!

A este recogido albergue de la idealidad y el patriotismo llegan hoy los hijos de la gloria, en busca de una final morada sobre el mismo libre suelo que desveló su amor. Jóvenes atletas los conducen renovando el viejo rito que siguió a Maratón. Sólo que aquí no esperan crepitantes piras, porque ya un fuego santo, amor de patria, ardió y trocó en pavesas los cuerpos de los luchadores; pero sí están las urnas para recibir sus cenizas, y va una entre ellas vacía, a la usanza de los griegos, para memoria de los que no fueron hallados. El pueblo orgullecido que circuye esos breves sarcófagos, venía clamándonos con el piadoso Eneas: "¡Os pedimos un asilo para nuestros dioses!" Guárdelos pues su pueblo. Y sepa él que la grandeza de esos

padres ha glorificado a la ciudad; que en ella está la fuente de nuestro porvenir; que su preciosa herencia no podrá sublimarnos si no merecemos recibirla.

Manes de nuestros próceres: porque fuisteis generosos, se redimió la sangre y apareció la sonrisa en la faz de los desheredados. Porque fuisteis atrevidos, las torvas fortalezas se derrumbaron a vuestra acometida. Porque fuisteis altivos, con la altivez del derecho, el siglo conoció el poder de toda frente erguida contra la iniquidad coronada. Porque volasteis al peligro sin temer daños ni sopesar eventos, sedujisteis a la fortuna mudándola en radiante victoria. Porque ceñisteis, una vida, la austera toga de los probos, el capitolio fulge como un inmenso diamante entre la densa noche de la concusión y el peculado. Porque amasteis a Colombia con irascible celo, sellaron vuestras espadas el fuero de sus lindes. Porque vaciasteis vuestro fausto en los crisoles de la purificación, corrió un metal insigne para clisar los discos del eterno rescate. Porque cruzasteis soñando libetar galeotes, domar gigantes y redimir princesas doloridas, el más ingenioso de los hidalgos disuelve ahora sus cenizas dentro el murado recinto de este ilusorio alcázar. Porque fuisteis creyentes, sufridos, laboriosos y prontos al deber, penates del hogar, amantes, compasivos y nobles, vuestra gloria refulge como un halo divino sobre las augustas frentes, pálidas y tranquilas, de vuestras madres y vuestras compañeras. Porque rendisteis parias a esta menuda ciudad que os vio nacer, sedente a las plantas del sumo Redentor humano y bajo el mirar absorto del Libertador de cinco pueblos, ella os convida a continuar soñando sobre su tibio regazo en la noche titilante de la inmortalidad.